

rañón, por ejemplo, donde condena su grafomanía y alude despectivamente a sus trabajos históricos y a sus «malaventuradas andanzas políticas»<sup>29</sup>. Aún más significativa es su severidad frente a Ortega cuando éste decide su retorno a Europa<sup>30</sup>. Revisa escritos y actitudes de su maestro en los cuales ve anticipaciones de esta opción «por la Europa tiranizada» y no «por la América libre». Como «nuevo americano», confiesa su decepción. Años más tarde, varios ensayos suyos demuestran que su estimación por la obra orteguiana sigue intacta y que rehúsa tratar los aspectos políticos puesto que considera que esa vertiente fue clausurada por el propio Ortega en 1936.

Pero estos indicios de tormenta en la superficie no perturbaban la fecundidad interior de este ciclo que él mismo, en su *Esquema de autobiografía*, caracterizaba como de retracción espiritual que preparaba la brillante reanudación de su labor intelectual.

A esta etapa pertenecen sus primeros trabajos sobre literatura española. Como en el caso de muchos otros exiliados, la mirada hacia el pasado literario español no puede explicarse meramente por una necesidad económica que los habría llevado a actividades editoriales y docentes en ese campo. En un proceso doble de distanciamiento y asimilación, el exiliado busca en ese pasado las respuestas a preguntas sustanciales sobre su presente histórico y personal. Como resultado de ello, crece un nuevo hispanismo americano en el cual la participación de los españoles emigrados fue decisiva.

Guillermo de Torre inicia su revisión con autores del siglo XIX, Menéndez Pelayo y Galdós. Sobre el primero publicará varios artículos en 1942 y su libro *Menéndez Pelayo y las dos Españas*, en 1943; y en este mismo año iniciará con conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores y con artículos publicados en *La Nación*, *Sur* y otras revistas, su gran empresa de revaloración de Galdós. (Algunos años más tarde, a propósito de un libro de Ricardo Gullón sobre Pereda, le comentará este viraje de los hombres de su generación hacia un sector de la literatura española antes menospreciado: «Pero ¿quién nos iba a decir —al menos a mí— que íbamos a discutir un día sobre los del siglo XIX, es decir, a interesarnos por ellos?»<sup>31</sup>. Y le manifiesta su preferencia por Galdós y, secundariamente, por Valera y Clarín. Luego vendrán los clásicos, especialmente Cervantes y Lope de Vega, sobre los cuales escribirá páginas duraderas).

Precisamente fue Gullón quien comentó en España su *Menéndez Pelayo* —primer libro de un emigrado que recibía esta distinción, según Torre. Ambos escritores habían reanudado la amistad de la preguerra mediante este intercambio epistolar, de libros y de noticias y, con ello contribuían a abrir canales de comunicación y comprensión, a fundar las bases de lo que Torre llamaría *el puente*.

#### 4. El puente y los retornos

Ya habían pasado casi ocho años de la finalización de la guerra civil y aunque el encono persistía, no sólo entre los españoles exiliados sino también en muchos argentinos, Guillermo de Torre y algunos «espíritus templados», como Francisco Ayala y

<sup>29</sup> Ídem, «Defensa de la novela picaresca y refutación a un pícaro» en *España Republicana*, 13-9-1941, pág. 8.

<sup>30</sup> Ídem, «Carta a Alfonso Reyes sobre una desertión». En *España Republicana*, 16-5-1942, p. 6.

<sup>31</sup> Ídem, Carta a Ricardo Gullón, 24-3-1946.

Lorenzo Luzuriaga, se disponían a ver con otros ojos lo español de España. Estaba a punto de aparecer la revista *Realidad* en cuyo Consejo de Administración estos tres españoles tendrían una función determinante<sup>32</sup>. Allí, por mediación de Torre, escribiría Ricardo Gullón sus *Cartas de España* que presentaron al público argentino un panorama veraz y objetivo del estado de la literatura en la Península.

El retorno es, por supuesto, el sueño dominante de todos los exiliados y, en el caso de Guillermo de Torre, comienza a manifestarse intensamente, entre dudas y temores, hacia 1949. En primer lugar, desea volver para ver a sus padres. Al año siguiente, en 1950, al comentarle a Gullón que viajará con pasaporte argentino, le confiesa: «[...] aunque íntimamente y en rigor cada vez me siento más europeo, más notálógicamente español en lo esencial»<sup>33</sup>. Un año más habrá de transcurrir antes de que este deseo se concrete con su llegada a Vigo, en el vapor *Kerguelén*, el 26 de noviembre de 1951.

Este primer viaje a España, después de su autoexilio, se extiende durante varios meses. Asiste al teatro, frecuenta las tertulias del Café Gijón y las reuniones de la revista *Ínsula* —cuya independencia y equilibrio había ponderado en varias ocasiones—; y reanuda contactos con viejos y nuevo amigos: Melchor Fernández Almagro, Ricardo Gullón, José María Alonso Gamo, Camilo José Cela, José Luis Cano, entre otros.

En marzo de 1952 se publica en *Índice* una interesantísima entrevista donde Torre declara que lo que más le ha sorprendido en la vida intelectual española es su capacidad de recuperación. Y agrega: «En un plano más general: la avasalladora simpatía humana de mi Madrid nativo, que no tenía olvidado, pero que me ha sido emocionante redescubrir».

Habla extensamente de los escritores emigrados y de los efectos, positivos y negativos, de su situación. E insiste, sobre todo, en su propia actitud conciliadora y comprensiva, atenta a valorar en un mismo plano, lo que se produce dentro y fuera de España. «Yo nunca rompí los puentes de acceso hacia esta literatura y fui uno de los pocos que no aceptaron jamás plegarse a repulsas genéricas o indiferencias injustas». A esta altura considera ya anacrónica la distinción entre la España nacional y la peregrina y afirma rotundamente: «[...] coloco en el mismo plano junto a un Camilo José Cela a un Arturo Barea en Londres; junto a un Julián Marías, un Ferrater Mora en Brynn Mawr; junto a un Ricardo Gullón, un Antonio Romera en Chile, etc., etc.»<sup>34</sup>

Cuando haga el primer balance de su estadía —ya en Barcelona y en viaje hacia París e Italia—, le comentará a Gullón su satisfacción por haber vencido los riesgos del retorno y haber refrescado «[...] mi visión de España y cosechar tan excelentísimas impresiones»<sup>35</sup>.

Ya estaban dadas las circunstancias propicias y los espíritus dispuestos para discutir acerca de esas relaciones posibles entre los españoles de adentro y los españoles de la

<sup>32</sup> Emilia de Zuleta. «Realidad». En *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, pp. 231-259.

<sup>33</sup> Guillermo de Torre. Carta a Ricardo Gullón, 14-11-1950.

<sup>34</sup> E. J. «Guillermo de Torre en España». En *Índice*, n.º 49, 15-3-1952, p. 20. Cuando Alfredo Weiss comenta en *Sur* esta entrevista, señala que Torre habló sobre los exiliados «sin sorpresa del entrevistador...» («De Torre en España». En *Sur*, n.º 171, may.-jun. 1952, pp. 211-212).

<sup>35</sup> Guillermo de Torre. Carta a Ricardo Gullón, 27-2-1952.

emigración. Él mismo, que ya en 1928 había propuesto un intento de reconciliación de las dos Españas encarnado en la figura de Menéndez Pelayo, y en 1943 se dolía de que ese puente se hubiera roto<sup>36</sup>, participará del planteo polémico iniciado desde 1951 con intervención de Robert Mead, Julián Marías, José Luis Aranguren y Ramón Sender. Torre recoge las referencias de Aranguren a los intelectuales emigrados y, en su artículo *Hacia una reconquista de la libertad intelectual*, proclama abiertamente la necesidad de diálogos y de *puentes*, en coincidencia con algunos españoles que, como el mismo Aranguren y como Marías, han abierto el camino hacia una inteligencia sobre las bases de concordia y libertad, entre los emigrados y los que han permanecido en España<sup>37</sup>. Le ha asombrado gratamente el ensayo de Aranguren y se propone escribirle aunque no lo conoce, y ya le ha escrito a Marías sobre «ciertas generalizaciones» sobre el problema de la libertad intelectual en España, ya que éste, dice ha escrito «cosas exactas y aun generosas, pero se calla otras graves». Lleno de entusiasmo procura poner suavidad en el tono y salvar las diferencias en pro de la unidad entre quienes comparten valores comunes. «[...] estrechemos filas las gentes de “buena voluntad” de un lado y los “no energúmenos” del otro», le escribe a Gullón, y lo invita a que participe de esta campaña, tal como le han prometido hacerlo Ayala, Serrano Plaja, Américo Castro y otros<sup>38</sup>.

La lucha contra la censura y otras coerciones dentro de España, y contra el desconocimiento y la subvaloración de lo que en la Península se produce, por parte de los de afuera, permitirá fundar los dos pilares de este *puente* de que habla Torre. (*El puente* se titulará, diez años más tarde, en 1963, la colección por él dirigida para EDHASA, coeditorial entre Barcelona y Buenos Aires —Sudamericana—, en cuya tapa figura la fotografía de un puente; y esta imagen, estilizada, reaparece en la viñeta de la contratapa. (Es sugestivo que el primer libro sea *En torno del Poema del Cid*, de Menéndez Pidal cuya idea de la «España única» adoptara como base programática en el artículo que acabamos de citar).

Aquellos años de 1953-1954, a pesar de la situación española, fueron quizá los más propicios para que Guillermo de Torre se instalara en España. Le habían ofrecido trabajo en Barcelona, había sido recibido con extrema cordialidad por varios grupos de escritores y de artistas, vivían aún sus padres y, sobre todo, se había reencontrado afectivamente con su Madrid. Por otra parte, el ambiente en la Argentina del segundo gobierno peronista se había hecho insostenible para muchos intelectuales, entre ellos varios españoles exiliados que emprendieron el regreso a la Península o se trasladaron a otros países en una nueva fase de sus destierros. En particular, su propio círculo, el Colegio Libre de Estudios Superiores, la revista *Sur*; su familia, Jorge Luis Borges, su mujer Norah, su suegra Leonor Acevedo, padecieron en mayor o menor grado los abusos del régimen.

<sup>36</sup> Ídem, «Revaloración de Menéndez y Pelayo». En *Criterio*, Buenos Aires, 6, 12-IV-1928, pp. 183-185; Menéndez Pelayo y las dos Españas. Buenos Aires, PHAC, 1943, pp. 32-33 y 88.

<sup>37</sup> Ídem, «Hacia una reconquista de la libertad intelectual». En *La Torre*, 3, jul.-sept. 1953, pp. 107-126. Cfr. Emilia de Zuleta. Guillermo de Torre. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, pp. 70-71.

<sup>38</sup> Ídem, Cartas a Ricardo Gullón, 30-3-1953; 16-9-1953; 16-1-1954.

Pero estas condiciones habrían de cambiar rápidamente. En primer lugar, casi al mismo tiempo muere su padre en Madrid y se produce en la Argentina la Revolución Libertadora y, con ella, un cambio fundamental de su situación. El 15 de noviembre de 1955 es nombrado profesor de Estética en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Rosario donde enseña hasta mayo del año siguiente. El 1 de marzo de 1957 ingresa por concurso al cargo de profesor de Literatura Española III en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires donde permanecerá hasta su jubilación en 1966 y, luego, como Profesor Consulto, hasta su muerte en 1971. Este nombramiento tiene para él una importancia decisiva, y pronto encara todo lo concerniente al dictado de su cátedra y a sus labores de investigación y de extensión universitaria, con verdadera pasión. En la Argentina han satisfecho su «vaga ambición universitaria», le escribe a Gullón, «[...] tributándome así, después de tantos años (no en vano es el país más difícil de América) el primer reconocimiento público»<sup>39</sup>. Se le abren ahora las puertas del mundo académico y a él ingresa con gran entusiasmo. Asiste en 1958 al Congreso de Literatura Comparada, en Chapel Hill, y allí lee su importante trabajo *Diálogo de literaturas*. En 1962 participa del primer Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, en Oxford (6-11 de diciembre de 1962), y allí lee, en sesión plenaria, su comunicación *La difícil universalidad española*. Entre el 20 y el 25 de agosto de 1965 concurre, en Nimega, al segundo congreso de la misma asociación y, en 1968, al de Literatura Comparada, en Praga.

Otra nueva experiencia que enriquece su perspectiva de emigrado, es su verdadero encuentro con América. Entre el 6 de septiembre y el 8 de diciembre de 1956, recorre Puerto Rico, México, La Habana, Caracas, Quito, Guayaquil, Lima. «A pesar de llevar tantos años en América es ahora cuando he empezado a ver realmente América», le comenta a Gullón en la carta que acabamos de citar. Desde la Argentina no se la ve debido a su europeísmo y su «insolidaridad continental». Las impresiones de este viaje, recogidas en parte en su libro *Escalas en la América Hispánica* (1961), insisten en la conciencia o sentimiento integrador de los diversos países entre sí, o entre las culturas autóctonas y la española.

Durante la década de los sesenta viajaba con regularidad a España y, al parecer, conservaba intactas las primeras impresiones favorables del reencuentro. Sin embargo, el ambiente intelectual había cambiado; eran los tiempos del realismo social en la narrativa y en la poesía y él, que siempre había sido defensor de todo lo nuevo, se siente obligado a examinar qué hay de realmente nuevo en esa literatura joven y, como consecuencia, a enfrentarse polémicamente con cierta parte de la joven generación española. Primero con Juan Goytisolo, a propósito de su manifiesto acerca de la necesidad de una literatura realista, nacional y popular<sup>40</sup>. Luego con José R. Marra López, cuyo libro *Narrativa española fuera de España* elogia como intento de comprender la producción de los exiliados, pero cuyos criterios estéticos y las exclusiones derivadas

<sup>39</sup> Ídem, Carta a Ricardo Gullón, 17-1-1957.

<sup>40</sup> Guillermo de Torre. «Una polémica sobre la deshumanización del arte». En *Ínsula*, n.º 150, mayo 1959. Ídem, «Los puntos sobre algunas íes novelísticas». En *Ficción*, n.º 19, may.-jun. 1959.

de los mismos, le parecen empobrecedoras de un panorama mucho más rico y complejo<sup>41</sup>.

En estos y otros textos se advierte un dejo de desencanto frente a cierto provincianismo y falta de «porosidad» —esta es una cualidad americana que admiraba—, en los ambientes intelectuales españoles durante esta etapa.

Para él, esos diez últimos años fueron los más activos. Sobreponiéndose a varias enfermedades —una afección cardíaca, un par de operaciones de cataratas—, escribe más que nunca y, sobre todo, reúne en libros su producción dispersa. La variedad, el equilibrio y la solidez de su pensamiento crítico culminan en los quince libros que publicó entre 1961 y 1971. Entre ellos, su *Historia de las literaturas de vanguardia* (1965), obra única por su envergadura, su enorme documentación y su originalidad, corona un vasto proyecto de más de cuarenta años. Un grueso volumen, *Doctrinas y estética literaria* (1970), encabezado por el mencionado *Esquema de autobiografía intelectual*, contiene una completísima antología de su producción que él mismo alcanzó a revisar y corregir<sup>42</sup>. Y, finalmente, *Nuevas direcciones de la crítica literaria* (1970), que ofrece algo así como el revés de la trama de su continuado examen de la literatura contemporánea, ya que vuelve a ella desde el ángulo de los métodos de investigación y valoración vigentes en nuestro tiempo y, a la vez, desagravia y vindica a la crítica literaria en su verdadera función de *situar y valorar*. En sus últimos viajes a España tuvo ocasión de verificar personalmente uno de los aspectos negativos de la experiencia de los exiliados: lo que ha llamado Francisco Ayala el problema de la recuperación científica de la obra producida fuera de España que queda al margen, no sólo de la Península sino de Europa. En el caso de Guillermo de Torre, sus originales aportaciones a la teoría y a la crítica literaria, desconocidas en España durante décadas, no alcanzaron posteriormente la debida repercusión al ser conocidas mediante reediciones, ni tampoco la tuvieron, en la medida justa, sus nuevas obras. Particularmente dolorosa debió resultarle la fría recepción de su último libro, *Nuevas direcciones de la crítica literaria*. Un mes antes de su muerte escribía al respecto: «De la veintena de artículos que los editores ya me han mandado, he llegado a la conclusión de que a los marxistoides no les ha gustado. He tenido ocasión de convencerme de que en España esa especie ha cundido extraordinariamente en los medios (por llamarlo de algún modo) intelectuales y juveniles, es decir, en contraste con la persecución que durante muchos años sufrió tal *ideología*»<sup>43</sup>.

Guillermo de Torre murió en Buenos Aires el 14 de enero de 1971, ya no en su autoexilio sino en una residencia porteña matizada por frecuentes viajes a Europa, colaboraciones regulares en los periódicos y revistas españolas y ediciones y reediciones de sus libros en la Península. Su situación familiar, su actividad universitaria en la Argentina, su salud declinante ¿habrán sido motivos suficientes para debilitar su voluntad de re-

<sup>41</sup> Ídem, «Afirmación y negación de la novela española». En *El espejo y el camino*. Madrid, Prensa Española, 1968, pp. 69-109.

<sup>42</sup> Tuve el privilegio de seleccionar esta antología que luego el mismo Torre reordenó y completó.

<sup>43</sup> Guillermo de Torre. Carta a Emilia de Zuleta, 17-12-1970. Fue ésta la última carta que recibí de mi entrañable amigo y maestro.

torno? ¿O lo habrán impedido los cambios producidos en España donde una nueva sociedad, una nueva cultura y nuevas promociones desalentaban al emigrado que volvía? En esos últimos viajes se sintió aislado y solo y es evidente que, al final de la década de los sesenta, en los ambientes intelectuales españoles, resultaban más interesantes —y quizá menos molestos—, los exiliados «interiores» que los que volvían con otras experiencias y actitudes y muchos desencantos a cuestas.

Se cerraba una parábola, se completaba un paradigma cuyos elementos, singulares en sus flexiones, son comunes también a otros casos del exilio intelectual español. Pero lo que verdaderamente distingue a Guillermo de Torre es su irrenunciable vocación de agente mediador entre dos culturas: la española —en el contexto de otras—, y la americana. Bajo este signo nace a la vida literaria y bajo este signo muere, después de su infatigable tarea de ensayista, crítico, teórico de la literatura, editor, conferencista y profesor. Su autoexilio que —él mismo lo ha dicho—, fomentó su serenidad, objetividad, su «facultad de ver las cosas en sus perfiles más puros y auténticos»<sup>44</sup>, contribuyó a que esa función se cumpliera de modo sobresaliente.

**Emilia de Zuleta**

<sup>44</sup> E. J. «Guillermo de Torre en España». En *Índice*, n.º 49, 15-3-1952, p. 20.



**María Teresa León con Rafael Alberti**